

## INTRODUCCIÓN

Según Martin Heidegger, “la *Física* aristotélica es el libro fundamental de la filosofía occidental, un libro indescifrado y que, por eso, nunca ha sido pensado de manera suficiente y profunda” (*Wegmarken*, 242). Estas palabras causaron, hace algunos años, una especie de embrujo sobre mí. En un primer momento, mi proyecto de investigación consistía en estudiar la interpretación heideggeriana de los conceptos aristotélicos de movimiento, acto y potencia, así como la importancia de éstos en la elaboración de su pensamiento después de la *Kehre*. Para ello, me adentré con entusiasmo en las aguas aristotélicas. En este momento, los textos de Heidegger están empolvados en mis estanterías y es posible que allí permanezcan por mucho tiempo. Hay varias razones que explican por qué ha sido así. Algunas de ellas apuntan a mis propias limitaciones para abordar un tema de tales magnitudes o, por lo menos, para haber sido consciente de ello. Sin embargo, la razón más importante es la extensión y la complejidad de la especulación aristotélica y la trabazón de los conceptos de su física con las demás ramas de su obra. El pensamiento de Aristóteles se me presenta como una mansión llena de puertas, donde detrás de cada una que abres siempre hay alguna otra esperándote. A pesar de todo, no me arrepiento de haber llamado al portón de entrada.

El interés por los estudios aristotélicos ha crecido exponencialmente a partir de los años veinte. La variedad de intereses en torno a la obra del filósofo de Estagira es un testimonio de la fecundidad de su pensamiento. En años recientes, los tratados físicos han contribuido a la discusión filo-

sófica como probablemente no lo hacían desde la universidad medieval; se ha trabajado mucho desde que Heidegger expusiera su interpretación.

En la primera mitad del siglo XX, se mantenía la esperanza de poder establecer una cronología de las obras de Aristóteles que permitiera comprender su desarrollo intelectual. Jaeger, entre otros, contribuyó a formar la imagen de un Aristóteles histórico, cuya evolución intelectual podía leerse como un progresivo alejamiento de las posturas platónicas. Esta línea interpretativa permitía situar los tratados aristotélicos de tal manera que la metafísica había sido un interés de juventud, mientras que, al final de su vida, la tarea del Estagirita se había concentrado en los estudios de biología empírica y en la recopilación de las constituciones de las ciudades-estado de Grecia. Durante muchos años, la evolución del pensamiento aristotélico era la cuestión obligada.

Sin embargo, la tesis evolutiva de Jaeger no resultaba del todo acertada, ni respecto a la concepción de la filosofía platónica, ni tampoco en lo referente al desarrollo de Aristóteles. Según habían demostrado también los estudios sobre Platón, la vida de la Academia estuvo marcada por el debate intenso, y no resultaba acertado hablar de una doctrina platónica oficial (frente a la cual, Aristóteles moldearía su propio devenir).

En este momento, la cuestión evolutiva no tiene la fuerza de los años sesenta, aunque ha dejado su impronta en los estudios aristotélicos. Esa huella es, en parte, una mayor conciencia del carácter histórico de la misma filosofía. Si bien algunos hallazgos aristotélicos se han mostrado máximamente relevantes para la discusión de cuestiones filosóficas actuales, es preciso conjugar ese interés con el estudio de la filosofía antigua en su misma historia. Una interpretación que olvidara esto último, revelaría una cierta tendencia a pensar que la visión contemporánea de las cosas es la correcta, y que el acierto de los antiguos depende de la medida en que se ajuste a nuestros problemas y preguntas. Como en todo, la realidad es un poco más compleja. Según decía Chesterton, la tradición es la democracia de los muertos. Algo similar se podría decir de la historia de la filosofía: estudiarla es filosofar y aprender a filosofar con los que nos precedieron.

En suma, lo que está en juego es la misma comprensión de la historia de la filosofía. Se trata de una versión peculiar –y quizá la más acuciante– de lo que parece ser un problema de nuestro tiempo: la contraposición entre verdad e historia. Estas dos realidades pueden presentarse como antagónicas: como si la pretensión de verdad fuera en contra de las exigencias de la historia o, al revés, como si un interés concienzudo en la historia

## INTRODUCCIÓN

revelara poco interés por la verdad. Para hablar en términos de la presente investigación, la naturaleza –aquello que las cosas son– se nos da en el movimiento, en el tiempo. La riqueza de la realidad no sólo admite sino que requiere múltiples realizaciones. Puede decirse que la historia es muy relevante, pero no determinante. Es posible afirmar que ella se convierte en ocasión para el pensamiento filosófico y que es, en cierta medida, su misma posibilidad. No se trata de dilucidar cuándo pensó Aristóteles una determinada cuestión, sino qué era aquello que estaba pensando, y si queda aún hoy alguna posibilidad de hacernos cargo de ello.

La filosofía de Aristóteles es, de algún modo, un caso no ya excepcional, sino único en la historia de la filosofía. Su pensamiento se presenta como un sistema abierto, en el que puede hablarse de un todo de partes orgánicas diferenciadas, dotado a la vez de verdadera unidad, no de simple agregación. Un sistema tal permite la interacción con nuevas formas, de tal manera que su variabilidad no amenaza su identidad.

En cierta medida, puede decirse que el pensar de Aristóteles –su método en un sentido amplio– es un retrato de su objeto favorito de estudio: los seres vivos. El pensamiento aristotélico presenta un horizonte abierto. Esta apertura da cuenta de su historia pero, a la vez, está posibilitada por la pasión que la anima, la cual es el intento por comprender la misma realidad. El pensamiento, por así decirlo, juega en la historia el papel de la forma: es camino hacia sí mismo.

Así también se ha asumido la metodología de este trabajo: pretende ser sistemática, pero en el sentido de un sistema vivo, donde lo histórico se entiende como despliegue del mismo sistema. La historia de la filosofía se entiende no al modo de la historiografía, sino como reflexión de su propio camino.

Esta idea de un sistema vivo permite empalmar directamente con la presentación del tema de esta investigación. El objetivo del presente trabajo es ver cómo se articulan movimiento y forma en la consideración de la sustancia sensible. También en el caso de los seres naturales hay un todo articulado y diferenciado, capaz de continuas modificaciones. La hipótesis que se ha barajado a lo largo de la investigación es que algunos de los conceptos metafísicos aristotélicos se comprenden propiamente cuando se aplican al mundo de los vivientes, y tal es el caso del movimiento y de la forma.

Los temas que actualmente ocupan a la crítica aristotélica tienen más que ver con aproximaciones a la metafísica aristotélica desde la perspec-

tiva de su filosofía natural –física, cosmología, psicología y, cada vez con mayor interés, biología–. Tales disciplinas constituyen en Aristóteles una unidad y son el objeto del filósofo que investiga la naturaleza. Muchos de los conceptos fundamentales de la metafísica aristotélica tienen en esos campos sus mejores lugares de aplicación y, al mismo tiempo, esos conceptos han nacido de reflexiones acerca de la naturaleza. Una hipótesis que se ha manejado a lo largo de este estudio es que física y metafísica están entrelazadas: el contenido de la metafísica nace de una reflexión sobre el movimiento.

Esta misma imbricación puede evocarse también respecto de la teoría acerca del alma. En un artículo reciente, M. Burnyeat ha dicho que la psicología aristotélica ya no es creíble porque su física no es creíble. Sin entrar en el debate sobre una posible lectura funcionalista de Aristóteles, hay en esta tesis algo de verdad: la psicología aristotélica está entreverada plenamente de conceptos de la física aristotélica. Lo afirma el mismo Estagirita: la investigación sobre la naturaleza del alma es competencia del físico.

Para hablar del alma en Aristóteles, antes hay que establecer hasta qué punto su física es creíble. La hipótesis que se ha avanzado en este trabajo es que esa física es máximamente creíble, pero no en cuanto física experimental, sino como reflexión sobre los principios. En este sentido, puede decirse que la física es metafísica.

Fue probablemente la observación de los fenómenos en torno al movimiento lo que llevó a Aristóteles a darse cuenta de que no es posible determinar unívocamente el ser: el ser se dice de muchas maneras. Esta pluri-significatividad del ente es la respuesta aristotélica a Parménides, en términos de una reformulación mejor del problema, y constituye la tesis central de la ontología aristotélica. En los primeros dos capítulos, se aborda la relación entre movimiento, diferencia categorial y equivocidad. Estos capítulos iniciales tienen una función propedéutica. ¿Es responsable de algún modo el movimiento de la pluralidad de significaciones? Y, en otro sentido, ¿cómo afecta la equivocidad del lenguaje a la reflexión sobre el mismo movimiento? Si para Nietzsche, sin gramática no hay Dios, para Aristóteles sin gramática no hay movimiento.

En el primer capítulo, titulado *Movimiento y diferencia categorial*, se estudia el análisis de los principios que Aristóteles emprende en *Física I*. La cuestión de los principios está esencialmente vinculada con el cambio, de tal modo que su solución constituye precisamente una propuesta en tor-

no al modo de comprender el movimiento. Para el proyecto griego, parece evidente que hay que afirmar algún tipo de continuidad en los procesos naturales, que haga posible el conocimiento de la *phúsis*. ¿Cuál de los principios es el garante de la persistencia y de la identidad del sujeto a lo largo del proceso? Si, por una parte, se afirma que la responsable de la persistencia es la materia, ¿cómo será entonces posible conocer los entes móviles?

En *Equivocidad y analogía en el movimiento* se busca mostrar las implicaciones que tiene el carácter equívoco del término *kinēsis*. Se pretende con ello mostrar cómo la complejidad de la idea de movimiento afecta también aquellos ámbitos donde Aristóteles establece analogías con la forma y con los actos anímicos.

Aristóteles sitúa su investigación tanto del movimiento como de la forma en el contexto del ser que se dice como acto y como potencia. Por ello, el capítulo tercero –*La definición de movimiento*– aborda la explicación aristotélica del movimiento en estos términos, tal como ocurre en *Física III*.

En los capítulos sucesivos, se estudia la forma. Según Aristóteles, el sentido principal de sustancia es la forma. El capítulo cuarto, *Movimiento e hilemorfismo*, está dedicado a la forma desde la perspectiva del libro II de la *Física* –como naturaleza, o sea, como principio de movimiento–.

El capítulo quinto, *La sustancia como forma*, aborda la tematización de la forma como sujeto en *Metafísica Z*, el primero de los libros dedicados a la sustancia. Al comienzo del libro Z, Aristóteles se pregunta cómo son las sustancias sensibles. Si bien es una cuestión planteada en la *Metafísica*, pertenece también al ámbito de la física. En el proyecto de la *Metafísica*, la solución de esta pregunta tiene una importancia vital, puesto que de ella depende que la teoría pueda elevarse o no desde el plano de lo sensible hacia las sustancias no sensibles. La cuestión de la forma como sujeto aparece como problemática pero, a la vez, como una posible solución para entender la variabilidad de la forma.

El último capítulo, *Movimiento y psuchē*, está dedicado a la forma de los seres vivos. Así como en la *Física* Aristóteles dice que el movimiento es la característica básica de lo físico, también en el *De Anima* reconoce en el movimiento el carácter definitorio de la vida. Como el principio de vida es explicado como forma, resulta el lugar más adecuado para ver cómo se relacionan movimiento y forma desde una perspectiva metafísica.

El método que se utiliza en esta investigación es, en buena medida, dialéctico. Aristóteles admite que puede ser el método del filósofo. Sin embargo, mientras que el filósofo busca la verdad, al dialéctico sólo le interesa la argumentación. Aunque sé que la realidad se ha quedado corta frente a mis deseos, he querido fijarme en los problemas mismos: en aquello que tuvo en vilo el pensamiento de Aristóteles.

El aparato crítico se limita, en la medida de lo posible, a las notas a pie de página, para centrar la atención en la argumentación. He utilizado las traducciones castellanas más habituales, que se señalan en la bibliografía, si bien en muchos momentos he variado el texto de acuerdo a mi propia traducción, con el fin de hacer más clara la exposición. He decidido traslitterar los textos que aparecen en griego, para facilitar su lectura también a quienes no conocen la lengua de Aristóteles.

Las traducciones, comentarios, monografías y artículos sobre el pensamiento aristotélico constituyen un material ingente, hasta el punto de que puede parecer una temeridad emprender una investigación sobre Aristóteles. Evidentemente, no he podido dar cuenta de toda la literatura secundaria, aunque he procurado acudir a la más significativa.

A pesar del reconocimiento de las dificultades para emprender una investigación seria sobre un tema tan complejo, he querido hacerlo. El resultado ha sido unas páginas llenas más de problemas que de soluciones. Sin embargo, estoy plenamente convencida de que los textos aristotélicos son la mejor escuela para aprender a hacer filosofía.

Quiero dejar constancia de mi agradecimiento al Prof. Dr. Alejandro Llano, cuya dirección y consejos han sido inestimables; a la Prof. Dra. Lourdes Flamarique, por el valioso seguimiento que ha hecho de mi trabajo desde sus inicios; a Carmen Segura, quien me introdujo al estudio de los griegos, al Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra, que me ha acogido durante estos años y al que debo mi formación filosófica; al Departamento de Filosofía de la Universidad de la Sabana, que ha hecho materialmente posible esta investigación; a los miembros del seminario de *Metafísica* Θ, a quienes debo muchas de las preguntas aquí planteadas; y a mi familia y a mis amigos, quienes me han apoyado con su cariño y su conversación estimulante durante todos estos años.